

trastorno llega a un como vencido éxtasis, en medio de una luz que parece quebrarse sobre un pesaroso desnudo irradiante.

La infinita tristeza del alma y del mundo llenan su corazón, y es ella misma belleza pura del alma, en medio del pesimismo fundamental que el joven poeta ofrece.

Por la dedicatoria de su libro veo que es esta su primera obra. Me alegro mucho ver iniciada una carrera con un libro que tengo que llamar puro en el sentido que yo doy a esta palabra; es decir, genuino.

Deseo mucho que siga Ud. acrecentando su poesía y me agrada ir viendo su obra sucesiva. Cuando Ud. quiera escríbame; me gustaría saber de Ud., de sus versos, esperanzas, etc. Cuando quiera cuénteme de esa joven poesía chilena, cuyo curso desde aquí, tan distante, sigo con tanto interés.

Gracias por su bello libro y cariñosamente sepa que le considero mi amigo.

Lo es suyo cordialmente.—VICENTE ALEIXANDRE.



IMAGEN Y SENSACIÓN DE «RED EN EL GÉNESIS», por *Antonio de Undurraga*.

El poeta de «Manifiesto del Caballo de Fuego y Poesías», ha echado su red en el océano profundo de los orígenes, para dejarnos ver su exaltado muestrario de imágenes hirvientes.

Una tónica temperamental—reluciente como bruñidos fusiles, que custodiara un hierático e inflexible centinela del amanecer—nos invade con su cleaje de sangre antigua, en el giro verbal y en la actitud onírica de las formas.

Luminosas y oscuras, debatiéndose entre el terror de sus gárgolas y el gótico estilo de las catedrales, las palabras de Antonio de Undurraga, nos saludan con un experimentado gesto de esperpentos y de encajes medievales.

Algo, un algo que es tragedia, escalofrío negro de alas, pal-

pitación o vagido inicial de microcosmos, grito sideral de estrellas que se incendian derrumbadas, o noche tenaz y alevosa circula temblando, y, sin embargo, valientemente,—con el espejo de los cataclismos en la mano—por las venas de estos cantos tormentosos y desgarrados.

Actúa en la red nerviosa del poema esa suerte de magia que llamaré pentagramática,—por su aleación de número y música—, que se exigía,—y lograba—, Jean Arthur Rimbaud, adelantándose al lenguaje orquestal de *El Bolero* de Ravel o *El Aprendiz de Brujo* de Paul Dukas, o también esparciendo esos deletéreos pero sapientes venenos de «*Les Fleurs du Mal*». Como en éstas, vibra en su corazón el hallazgo de la respuesta a un séptimo sentido que viene, en fin de cuentas, a sincronizarse con la neurosis de estos tiempos modernos, en que una civilización ultra sensible nos va quebrando en fracaso como a los metales cansados, incapaces ya de resistir la trepidante vibración de las complejidades de la época, precipitando su mordente químico la desintegración total de los valores.

No es la trasmutación filosófica que nos anunciara Nietzsche al echar las bases de su trágico, trascendental y dyonisiaco superhombre. Es más, mucho más. Es la Humanidad inflada de anhelos, de anhelos y de horror atómico oscilando como el cadáver de un ahorcado «entre el vacío y el suceso puro», como habría dicho Paul Valéry.

«*Red en el Génesis*» de Antonio de Undurraga cumple, así, con plenitud su misión de verdad y de belleza.—*Oscar Chávez.*



ANALES DE INOCENCIA Y DE EXPERIENCIA, por *Herbert Read*.
Faber and Faber, Londres

Es tal vez en las memorias donde el literato se enfrenta más objetivamente al tema que desenvuelve. Aunque el género parece estar renaciendo, no es ésta, según aseveración del autor,